



Soberana pedantería

Acabamos de leer unos juicios que el conde de Czernin en sus recientes «Memorias» hace del ex kaiser Guillermo II de Hohenzollern. Y ellos nos confirman en nuestra antigua convicción de que el último emperador de Alemania no ha sido otra cosa que un soberano pedante y un pedante soberano. ¡Por defecto de educación, claro está!

«Su repugnancia a escuchar explicaciones desagradables — dice de Guillermo II el conde de Czernin — fué tan profunda, que a menudo hallaba yo las mayores dificultades para exponerle lo necesario... A las veces me oponía una verdadera resistencia pasiva.» No es raro, en efecto, que un soberano a quien le han hecho creer que es muy inteligente — y él, si no lo es, se lo cree — no soporte que se le rectifique y contradiga. Los hay que prefieren que se acate su sabiduría y se les desobedezca, o no que se les rinda obediencia, pero haciéndoles ver que no saben bien lo que mandan.

¿Cuántase de un rey con ínfulas de emperadecillo que solía decir a sus maestros y profesores palatinos cuando le llamaban la atención sobre las lecciones que le daban: «No, si no soy yo el que tengo que aprender; seis vosotros los que me tenéis que enseñar.»

¿Y cómo se puede enseñar — se preguntará todo aquel que a la enseñanza se haya dedicado. — si no está dispuesto a aprender el enseñado? Al Maestrero, o más bien a la maestría, que debe ser lo propio del maestro, del que enseña, correspondiendo el aprendizaje, o más bien la disciplina — o «disciplinina», — que es la propia del aprendiz o discípulo. Pero si el aprendiz se empeña en no aprender, es inútil que el maestro se empeñe en amañarlo.

Dícese que hay soberanos — y el ex kaiser, de que habla Czernin, parece era uno de ellos — que cuando le llaman a uno no es tanto para oírle como para que les oiga; para que les oiga y salga diciendo: «¡Pero le que sabe este hombre!» Cuéntase que cuando el dicho kaiser llegó a Lisboa pidió al rey entonces de Portugal, D. Carlos I. de Braganza, su primo — todos los soberanos coronados son primos entre sí, — que le presentara un sabio portugués — así; ¡un sabio portugués!, — y cuéntase que el rey D. Carlos se acordó, como ejemplo de hombre sabido lusitano, de Teófilo Braga, que ha escrito cerca de dos metros de historia positivista de la literatura

portuguesa, y aunque republicano Teófilo le presentó el rey, pecado del deseo del kaiser. Y cuántase que el formidable erudito republicano contestó: «¡A mí no me examina ese título, o cosa así, aunque malas lenguas aseguran que a Teófilo le preocupaba en qué lengua se había de entender con el kaiser. Pero nosotros creemos que éste no trataba tanto de examinar a Teófilo cuanto de examinarse con él, seguro de que le había de dar sobrealiente con matrícula de honor. Guillermo de Hohenzollern se había aprendido su papeleta de Portugal y tal vez algunos versitos de Camoens en su lengua propia, y quería recitarla delante del formidable Teófilo, muy confiado en deslumbrarle. Porque los reyes saben muy bien que a nadie deslumbran más que a un republicano que llega a ponerse a tiro.»

La verdad es que los Borbones de España, después de Felipe V, no se distinguieron por su inteligencia ni por su saber. Fernando VI, Carlos III y Carlos IV fueron unos pobres señores, cortos de juicio y de ingenio, pero discretos. Su discreción consistió en que, como no creían saber mucho, se dejaron guiar de los que sabían más que ellos. Y si alguna vez comprendieron a lo que se ha llamado despotismo ilustrado, fué ilustrado porque no fué personal. De la ilustración de un Campomanes o un Floridablanca (v. gr.), no cabe dudar. Pero con Fernando VII la cosa varía. Este ya no creía sa-

ber, y receloso y escamón como era, no se dejaba guiar. Del reinado de su hija, Isabel II, cabe decir que fué el del azar y la incoherencia. Esa señora ni guiaba por sí ni se dejaba tampoco guiar. Todo iba a lo que salga. Y hasta había Raspútines que provocaron, como el «amujik» siberiano, la Revolución de Setiembre de 1868. Su hijo D. Alfonso XII, Alfonso de Borbón y Borbón y Borbón y Borbón — ¡cuatro veces Borbón!, — como se había educado en la prosperidad, no pudo llegar a hacerse pedante; había tenido que aprender hasta lo que no quisieron enseñarle. Además, los Borbones que de todo han pecado, no han pecado de pedantería, como Guillermo y como los Habsburgos. El aire de suficiencia y las ínfulas de infalibilidad no son pecados borbónicos; lo son más bien habsburgianos, son tudescos.

Dicen los incondicionales de la monarquía — tan desdichados como los incondicionales de cualquier otra institución política — que las faltas y errores de los monarcas hay que achacarlas a los que les rodean, a su cotarro o «entourage», a la camarilla, a los cortesanos, a los malos consejeros. ¡Pero es que se puede esperar que oiga y reciba consejo el que no quiere aprender, sino que le enseñen; el que exige maestría a los maestros, pero no se pliega como discípulo a la disciplina?

¡Es tan difícil que un hombre se forme cabal idea de su propia capacidad mental! Y si ese hombre es emperador o rey, más difícil que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja. Sólo dejando de serlo pueden empezar a conocerse. Y aun entonces... Guillermo de Hohenzollern, que por petulancia y pedantería ha perdido a su patria, sería capaz de presentarse candidato a diputado por Berlín para deslumbrar en el Reichstag con su sabiduría política... ¡Porque hay cabezas que conciben tales cosas!...

En mi anterior artículo, el del 29 de octubre, apareció, hasta cuatro veces, «falo» por «fallo», que en portugués significa «chulo». Lo digo aquí porque hay mentecatos que recogen erratas y fundan en ellas juicios. Claro que quien sepa que he viajado mucho por Portugal, y quien conozca las patitas de mosca de mi manuscrito... Pero claro, ¿no es así, amigo cajista? Ahora, si la palabra portuguesa hiere algún oído. Habría escrito con él (léidase como doble ele), «falio», que también se escribe, y aun más que con una sola; pero quise evitar el «fallo» español. ¡Tiquismiquis! Pero tiquismiquis, a que hay mentecatos que se agarran.

Miguel de UNAMUNO.